

DE 1976 A 2019***I.E.S. RODRIGO CARO****Lola B. Sousa*

(Reseña bio-bibliográfica del autor en un número anterior)

El nuevo instituto, de paredes blanquísimas, se había construido allá hacia 1976 sobre una loma endurecida que se había mantenido a espaldas del pueblo. Era un lugar silencioso y sin dueño, un montículo intransitable y apartado, donde campaba el gorjeo de los pájaros que sobrevolaban y se posaban en las vecinas tumbas y lápidas del cementerio que estaba situado justo al lado. Al cementerio se accedía por un camino escalonado, cerrado de árboles por ambos bordes del sendero y que conducía hasta la mismísima verja de hierro que daba entrada al camposanto. No obstante, para llegar hasta el instituto no se había planeado camino alguno, así que alumnos y profesores improvisamos una ruta alternativa, campo a través, paralela a la parte opuesta de la entrada del cementerio. Era tanta la proximidad que bastaba una ínfima ráfaga de viento para que el aire polvoriento y los caliches de los interminables blanqueos de los paredones que circundaban y resguardaban a los muertos se colaran sin permiso en las aulas. Al principio, los estudiantes llegábamos a clase envueltos en un aura de extrañeza que se mantenía revoloteando pulverizada en el aire que se respiraba. Sin embargo, con el transcurrir de los días, evidenciada la inofensiva presencia de los exánimes, todos los alumnos nos habituamos a leer en un acto irrelevante aquellas palabras adheridas sobre la blanca fachada de la puerta principal: *Cementerio de San Lucas*. El instituto también recibió su nombre: *IES Rodrigo Caro*. Durante los recreos, cuando el instituto era todavía un edificio sin vallas ni alambrada y no existían los límites, donde las margaritas y la hierba nos sorprendían por cualquier lado al llegar la primavera, los alumnos, durante el tiempo de recreo, nos internábamos en el cementerio y curioseábamos las tumbas con una actitud de tranquilo optimismo mientras frente a ellas nos comíamos el bocadillo que nos habían preparado nuestras madres.

Mucho tiempo después, treinta y cinco años más tarde, el día que llegué al *Rodrigo* para trabajar como profesora de Secundaria, encontré un centro ampliado donde te recibía un hall enorme, provisto de más aulas. Contaba, asimismo, con unas fabulosas instalaciones en el gimnasio, un espacio semicircular para el SUM y una espaciosa cafetería. Lo único que se había hecho pequeña era la Sala de Profesores en relación al número de docentes que trabajaba a pleno rendimiento para dar respuesta al estruendoso número de casi mil doscientos alumnos que estaban matriculados en el centro. El acceso hasta el instituto se había mantenido, pero, ahora, se mostraba completamente asfaltado y acerado, enmarcado en una urbanización de casas de un lujo provinciano. Por supuesto que sí, había desaparecido el cementerio y en su lugar se había construido un centro cultural enorme, el Auditorio *Pastora Soler*, que ocuparía todo el suelo rectangular que antes había albergado el camposanto, donde se continúa representando obras de teatro, se baila con trajes de flamenca y se zapatea sobre la tierra que antes había sido de los muertos, de nuestros muertos.

De aquel tiempo de tránsito, recuerdo cómo aprendí a fumar en los lavabos del instituto, no porque estuviese prohibido hacerlo a la luz del día delante de los profesores, sino porque resultaba poco honroso ponerse a hacerlo ante los compañeros y comenzar a toser. Era conveniente emplearse a fondo y practicar primero en aquellos cuarteles de aspirantes a fumadores y, a continuación, una vez superado el trámite, pasear durante el recreo con tu cigarro en la mano tragando el humo de los ducados hasta que te llegara al culo y sin emitir ni siquiera un carraspeo. Era lo que se llevaba y nadie osaba cuestionarlo. Aunque, eso sí, había que rezar el padre nuestro en las clases de religión antes de sentarse. Dos grandes mundos estaban en completa fricción: el heredado del franquismo que se había terminado políticamente, aunque no se había agotado, y el de la libertad que acababa de abrirnos una puerta llamada transición. En realidad, a nosotros, los adolescentes de la época, poco nos estorbaba esta difícil dicotomía porque lo que se desea a estas edades es vivir, no como en otras etapas de la vida que solo velamos por sobrevivir.

Con respecto a mis compañeros, recuerdo muy especialmente a Cosme. En realidad, Cosme y yo solo compartimos clase en COU, el último curso de nuestra permanencia en el instituto, exactamente después de finalizar el BUP. En los primeros tres cursos nuestras aulas estaban situadas una frente a la otra porque él pertenecía a un grupo de francés. El alumnado en general había sido disciplinado por unos padres obstinados para que sus hijos estudiaran el Bachillerato, porque se habían figurado y se habían hecho unos pronósticos tan ventajosos y unas previsiones tan prósperas y lucrativas que habían llegado a pensar que el hecho de poseer unos estudios los alejaría de la maldición de la dura jornada de trabajo en el campo, bajo la lluvia, o bajo el sol, con temperaturas de más de cuarenta grados. Estos padres habían invertido y habían hecho sus cálculos para poder privarse de unos brazos jóvenes que a esas edades ya podrían estar aportando rédito económico a la economía familiar. Habían depositado las esperanzas en sus vástagos y en el *futuro*, esa palabra que cobró un prestigio social que, finalmente, no satisfizo a nadie. Se

habían deshecho de sus ahorros en un acto de fe como quien apuesta en el casino toda su fortuna a una sola carta.

Había dos grupos de francés que llegaban a clase, se sentaban en posición hierática y ya no respiraban en todo el día. Te controlaban con una mirada egipcia, de reojillo, sin querer girar su cuello para que ningún profesor les tuviera que llamar la atención o amonestar por cualquier desorden inconveniente. Eran unos adolescentes inmóviles en sus pupitres, abducidos por la persuasiva monserga de sus padres. Uno de estos alumnos era Cosme que presentaba este perfil monacal y disciplinado como el resto de sus compañeros. Por supuesto que a ello también contribuían unos profesores autoritarios y pseudo clericales que habían heredado la rudeza y la intolerancia, la cultura endémica y tullida del franquismo.

Por otro lado, se encontraba el eventual grupo de inglés al que yo pertenecía, el único que se impartía en todo el centro porque en aquellos años el inglés era una lengua experimental e incierta de la que no se tenía evidencia de si iba a disponer de continuidad en las aulas ni en el sistema educativo. Se trataba de un grupo que aglutinaba a todo tipo de alumnado, especialmente el que procedía de clases sociales menos favorecidas. En realidad, solo había tres grupos de BUP. Los dos de francés y el de inglés. El francés era la considerada segunda lengua y la que tenía prestigio, sin embargo, el inglés era un experimento como lo éramos nosotros, los desfavorecidos que formábamos parte de este grupo dentro del instituto. Fue un periodo de cuatro años, desde 1976 a 1980 y allí, en el *Rodrigo*, permanecimos hasta los dieciocho. Aquel Bachillerato que para los de nuestra generación adquirió un nombre como sacado de las atracciones de terror de las ferias de los pueblos, el *BUP*, constituyó el preludio de una proliferación de siglas y sistemas educativos caóticos que se nos iba a ir echando encima, uno tras otro, a cual peor, sin respiro, sin consideración, con toda la inoperancia y la ignorancia de nuestro recién estrenado sistema político, la democracia, que a fuerza de practicar tantos y tantos cambios se convirtió en un hábito para cualquier partido que accedía al gobierno de la nación hasta ya entrado el segundo milenio. Para mí supuso, por una parte, una etapa de batallas políticas subversivas en la calle; ningún muro o pared quedaron libres de una buena pintada con reclamas y postulados anarquistas y/o comunistas y/o socialistas y/o..., y, por otra parte, supuso el desenfreno rabioso y rebelde por la conquista de lo que consideraba mi libertad individual que casi siempre se materializaba marchándome con cualquiera que quisiera recorrer la ruta de la piel de nuestros cuerpos, y acabábamos internándonos en una de las pequeñas barcas de pescadores que estaban amarradas en la orilla del río. Allí nos tumbábamos y nos dejábamos llevar por el balanceo del agua mientras mirábamos el cielo y escuchábamos cómo saltaba y chapoteaba de vez en cuando algún albur o exhalábamos el humo de los ducados.

Después de tres años de tenernos vistos por aquellos pasillos y de haber batallado en más de un enfrentamiento de una clase contra la otra disparando tizazos a las puertas de las aulas correspondientes, más osados y guerrilleros nosotros, los de inglés, quienes sentíamos el impulso irresistible de acribillarlos

con toda la rabia que arranca la presencia constante e insoportable de la petulancia y el estiramiento de aquellos alumnos *franchutillos*, insufribles para los que cantábamos a voz en grito canciones de los *Beatles* y los *Rolling*, todos al fin, los de inglés y los de francés, sin esperarlo, los que sobrevivimos al BUP, nos vimos abocados a tener que mezclarnos en COU. Ahí empezamos Cosme y yo a, no sé, a..., bueno, ahí empezamos.

Para Cosme, que era un chico circunspecto y aplicado, sosegado e introvertido, que nunca sacaba menos de un sobresaliente en los exámenes, su etapa en el *Rodrigo* fue como el paso por un monasterio de monjes cartujos. Se comportaba como un eremita: incomunicado, mudo y trabajador como un asalariado. Su sentido del deber en clase y la sumisión excesiva ante el profesorado despertaba en el resto de compañeros bastante recelo y enojo. Era un chico no de pueblo —de pueblo éramos todos— sino de campo, sin ambages. Su código de convivencia era bastante cerrado hasta tal punto que, en la hora del recreo, no abandonaba el aula, sino que permanecía en clase con dos o tres compañeros más que eran asimismo los menos sociables. En ocasiones, se le veía reír a carcajadas con las vulgaridades que escupía por la boca Roberto Peonza y sus putas imaginarias. Junto a ellos, sentado en la misma silla en la que recibía las clases, como un espectador, se mantenía sentado Ignacio Estampa, de público de escena. Roberto Peonza, monologuista condicionado por su aspecto físico poco agraciado, era el protagonista y los otros dos reían en calidad de oyentes. Los tres procedían junto con muchos alumnos más de otros pueblos cercanos que carecían de instituto para estudiar el Bachillerato, y por eso, los padres los enviaban hasta aquí, hasta Coria que era el pueblo mayor de la comarca en aquellos años, bien en autobuses de línea o bien bandeándose como podían con el transporte particular. Por supuesto, los de aquí, los corianos, éramos los dueños de todos los pasillos y cualquier espacio en los recreos, los que decíamos a los de fuera cómo comportarse y, sobre todo, los que poníamos proa a todas las bromas y pependencias que se urdían contra el profesorado y determinado tipo de alumnado. Entonces Cosme y yo no éramos amigos, no. De hecho, éramos la noche y el día. Él, por quien sentía verdadera admiración intelectual era por Ignacio Estampa que no pasaba de ser un adolescente totalmente flaco, amanerado y aflautado, y con una extraña indumentaria siempre negra. Pero lo que más destacaba en él era una pelusa que con el paso del tiempo se convertiría en unos pelos desordenados que jamás se aventuró a quitarse de la cara. Llegaría a los diecisiete, pero él continuaría manteniendo su rostro alejado de la Gillette, gesto que le confería un aspecto más que extraño ya que no era una barba ni poblada ni incipiente, sino que eran simplemente pelos, unos pelos de hombre primitivo y salvaje, cada uno por un lado y unos más largos que otros que le daban un aspecto de fífiriche. Sin embargo, Ignacio Estampa se mostraba en clase como el compañero ideal: prestaba las tareas terminadas por él de forma impecable y exacta de manera que todos nos ahorrábamos el tener que hacerlas en casa. Daba igual si se trataba de las ecuaciones matemáticas como si eran formulaciones químicas o traducciones de latín; todo lo realizaba con una absoluta corrección. Por supuesto que yo

aprovechaba también el filón, sin embargo, los hilos que se iban tejiendo entre Ignacio y yo, al principio muy finos y escasos, se irían convirtiendo en un tejido suave pero resistente y perdurable como la seda, y, con el tiempo, robusto como un hábito franciscano.

A simple vista, yo resultaba demasiado extrovertida para el gusto de Cosme y odiaba que participara en todas las jaranas urdidas por otros compañeros. Tanto Cosme como Ignacio permanecían todavía enclaustrados en sus propios miedos (la mayor parte inculcados por sus padres) y no se atrevían a abrirse al exiguo microuniverso que era el grupo-clase, ni muchísimo menos, zambullirse en la riada que constituía el alumnado en general. Es de justicia decir que Ignacio Estampa no era un tipo pedante y empollón como Cosme; estaba por encima de todo eso y aunque no le suponía un esfuerzo abordar *El Banquete* de Platón o hacer una traducción magistral de Virgilio o Catulo, ni despejar la *x* en Matemáticas o desarrollar los postulados de la Física y la Química, poseía tanta bondad y humildad que era tremendamente respetado en clase a pesar de reunir todos los requisitos para ser vilipendiado y escarnecido por el grupo. Pero su disponibilidad ante todos —no podía decirse para con sus amigos porque no parecía considerarlo entonces— invalidaba todo *el lado oscuro* de su persona. En realidad, en ningún caso podría hablar de que ninguno de nosotros hubiera limado todos los prejuicios y, aunque muchos nos creíamos muy liberales, determinados principios como los de ser popular en clase o la adhesión a determinadas tendencias políticas seguían prevaleciendo para muchos adolescentes de nuestra generación entre los que yo misma me encontraba. Era una época demasiado social, se avanzaba en grupo a diferencia de la actual, bastante individualizada. El *Rodrigo* fue una etapa de incubación, una transición paralela a la que estaba viviendo el resto del país en todos los órdenes de las cosas.

Fue Cosme el que se fijó en mí, de hecho, tuvo que fijarse mucho antes de que yo me diera cuenta, quizás durante mis vaivenes por el instituto porque yo no era de círculos de amigos estáticos. Sin embargo, sin saber por qué se convirtió en mi protector durante una excursión de final de curso que hicimos todo el grupo a París. En el autocar que nos trasladó a la capital francesa durante dos días de viaje con una noche incluida en un camping de mala muerte, estirando las mil pesetas escasas que me dieron mis padres para la expedición completa, tras varios días seguidos tomando una baguete con foie-gras dosificada para todo el día, Cosme me tomó de la mano y ya no me soltó en todos aquellos largos quince días de hambruna que me esperaban durante la excursión. Nos conducíamos por todos los lugares más bellos de la ciudad, eso sí, siempre pegados al profesor de Historia del Arte que nos acompañaba, y él se ocupaba de que me alimentara convenientemente. Yo, como una idiota, no me moví de su lado en todos aquellos días y no supe por qué, de hecho, hubiese pasado perfectamente con las baguetes. Pero escuché sus palabras sobre arte, entreví su pensamiento, me acomodé en el seno de su humanidad mientras dormíamos en la tienda de campaña en un camping de tercera en el que estábamos alojados y todo sin la más mínima intención de meterme mano. Me sentí libre y segura a su lado. Me había conquistado.

Es verdad que yo era más de exteriores, más de echarme a la calle y menos de argumentaciones siderales: participaba en fiestas con mi pelo a lo afro y mis tejanos rajados por las rodillas, bueno, fiestas...; nos reuníamos en una casa vieja de la tía de alguno más vieja todavía en la que algún amigo aparecía con una radiograbadora en el hombro y las chicas bailaban con brinquitos y algún que otro caderazo. A mí esto me parecía pueril, por eso encendía mi ducado y me sentaba en algún rincón apartado de la sala y me ponía a hablar y a debatir con cualquier amigo sobre música. Asimismo, acudía a manifestaciones, ilegales entonces, hacía pintadas políticas en las paredes del *Rodrigo*, acudía a reuniones en las que se hablaba de las mismas fantasías y edenes que en la actualidad porque en nuestros ojos habitaban unos paisajes con perspectivas, sin el pesimismo de la corrupción ni el atiborramiento desmesurado de la sociedad de consumo que te impide la visión clara y diáfana de las ideas. Cosme, por el contrario, era fanático del aislamiento; jamás se le vio en un club, ni con amigos por la calle. Creo que lo único que se permitía era seguir esponjando conocimientos teóricos en las largas y farragosas conversaciones con Ignacio Estampa, desgranando un quién sabe qué en el escaso tiempo del recreo. Mientras, yo viajaba por el tiempo en brazos de las experiencias cotidianas. Pero pronto acabó el curso y nos vimos abocados a un examen de selectividad. En realidad, la vida acababa de empezar y el mundo estaba esperándonos con los brazos abiertos para hacernos hermosamente felices y para destrozarnos al mismo tiempo el corazón, como suele ocurrir en la vida normal, como cuando la edad adulta acaba encontrándola puerta principal.